Amodeo 13

Los MISTERIOS de la RISA

Las historias que escribí mientras comía papel

mr

Amodeo13

Los MISTERIOS de la RISA

Las historias que escribí mientras comía papel

Prólogo de David Sainz

mr̄

© Juan Amodeo, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de la cubierta : © Nines Mínguez

Diseño de interior: María Jesús Gutiérrez
Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-270-4298-8
Depósito legal: B. 15.785-2016
Impresión y encuadernación: Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

PRÓLOGO, de David Sainz, **3**

LOS MISTERIOS DE LA RISA

El principio, **19**

Política, **21**

La mujer inconquistable, **22**

Pablo, el hombre con más mala suerte del mundo, **24**

El misterio del hombre ciego y su perro lazarillo, **25**

El amor de mi vida, **27**

Paquito, el mayor terrorista de todos los tiempos, **29**

La carpintería, **34**

Tragedia en Triana, **36**

La dulce princesa Estrella, **38**

Alegra y Alesio, **39**

El heredero del trono, **42**

La mujer más bonita que he visto, **43**

El hombre más bajito del mundo, **44**

El rey egoísta, **45**

Once veces once, **47**

El sol o la luna, **49**

El príncipe pintor, **52**
Prefiero el amor a estar enamorado, **57**
De ti todo me interesa, **60**
La maldición de la casa de Conil, **62**
Gorrión, **64**
Roma criminale, **66**
Se me olvidó que te olvidé, **68**
La canción más bonita del mundo, **69**
¿Lo mejor para encontrarse es perderse? **70**
Presentador de informativos por un día, **71**
El paciente iTunes, **74**
Pirata por un día, **76**
Fe, la palabra más corta y más grande del mundo, **78**
El misterio de Álvaro, **82**
La amiga buena y la amiga mala, **84**
Domingo, **85**
Perfectamente imperfecta, **87**
Amistad por un «Hola, ¿qué tal?», **88**
La chica de los sueños, **92**
Andalucía, **94**
El escritor, **96**
León o lobo, **98**
Me gusta, **100**
El misterio de la risa, **102**

EPÍLOGOS, sí, en plural, **141**
Recuerdos de tu tía Anchy, de Esperanza Lobato Díaz, **142**
Atajú I, el contador de historias, de Pablo Vidal del Pozo, **143**
El que siembra, recoge, de Curro Suárez, **146**

AGRADECIMIENTOS, **149**

EL PRINCIPIO

Creo que es fundamental, antes de empezar a leer estos cuentos, que sepáis por qué he hecho un libro de cuentos y no un libro de, qué se yo, de poesía mismo. En este libro, por cierto, también vais a averiguar por qué comencé a comer papel; de hecho, lo vais a saber en el siguiente párrafo. Pero queda muy de escritor crear expectación diciendo que a lo largo de este libro conoceréis por qué comencé a comer papel.

Antes de que comenzara a comer papel era una persona normal: iba a la universidad, comía, bebía, dormía, y el papel lo utilizaba únicamente para escribir. Sí, solo para escribir, guarro, que ya estabas pensado que cuando voy a hacer popó utilizo el papel también. Pues no, soy más de bidé.

Bueno, el caso es que todo era normal hasta que un día en la universidad fuimos de excursión a una granja escuela y conocí a Sara. La relación al principio fue complicada. Ella era muy cabezona y no nos entendíamos muy bien, pero con el tiempo aprendimos a querernos y respetarnos. Nos costó unos cinco meses acostumbrarnos el uno al otro.

Ella tenía manías que yo no aguantaba, cada dos por tres se ponía a patalear como una niña chica e inmadura. Aunque eso no era lo peor, lo peor era su adicción al papel, que posteriormente, como sabéis, me pegó. Ella decía, o eso entendí yo, que en su familia era algo normal y lo habían hecho toda la vida porque, además de digestivo, estaba bueno. Comencé a comer papel para agradarla y poco a poco me fue gustando más y más, hasta el punto que era yo quien compraba el papel para los dos.

Un día me levanté con muchísima hambre y fui a la papelería a comprar trescientos paquetes de cien folios cada uno. Conseguí comérmelos todos y me desmayé, mientras Sara me daba besos para intentar despertarme. Pero recuerdo que yo no quería despertarme porque, desde que mi cabeza tocó el suelo, comencé a soñar con cuentos que yo improvisaba sobre la marcha, según el final que a mí me gustara o prefiriese en ese momento.

Soñé con cuentos de todo tipo, de humor, de amor y algunas pesadillas que eran cuentos de miedo. Estuve una semana en coma y durante ese tiempo soñé mucho, pero lo más curioso es que después de haber comido tanta celulosa he adquirido más memoria y me acuerdo de todo lo que sueño. Entonces pensé:

«Escribe un libro con todos los cuentos que has soñado».

Y en eso estoy ahora, intentando contaros a todos los cuentos que soñé mientras comía papel. Encontrareis cuentos para mayores y pequeños, historias de amor, sueños, reflexiones, risas y un trocito de mí. Bueno, un buen trozo; digamos que tenéis mi corazón hecho letras. Espero que lo disfrutéis.

Algunos os preguntaréis qué pasó con Sara cuando desperté del coma. Bueno, pues Sara se fue a vivir con su familia, fuera de Sevilla. Seguramente esté ya muerta, porque era mayor y han pasado ya tres años, así que seguramente haya fallecido. No os vengáis abajo: Sara era una cabra. Pues sí, me enamoré de una cabra y por ello tengo la afición de comer papel.

No preguntéis que le vi a Sara, pero me enamoré mucho de ella y de su forma de caminar. Además, me enseñó algo que ninguna mujer hubiera podido enseñarme y que me sirvió para crearme una nueva identidad: me enseñó a comer papel.

POLÍTICA

—Mmmmm.

—Esto...

—Puedo empezar por...

—Puedo hablar sobre... Joder, he dicho «sobre»...

—A que me imputan por lo de los sobres...

—Y ya está en papel, ya no lo puedo borrar...

—Arggggggggg... (Me como una bola de papel. Imaginad mi cara de ira. Si no tenéis imaginación poned un vídeo mío).

Iba a hablar de la pesadilla que tuve con la política pero hemos venido a pasarlo bien, así que mejor continúa leyendo.

LA MUJER INCONQUISTABLE

En una taberna donde Karl, el mayor conquistador de la historia, se reunía con sus soldados después de la batalla, se debatía una pregunta que hizo un soldado raso:

—¿Existen mujeres imposibles de conquistar?

Todos contestaron de forma negativa casi al unísono. Karl, sin embargo, quedó en silencio. Extrañados, todos lo miraron con caras que mostraban entre desagrado y sorpresa, a la vez que comentaban esta extraña reacción de su capitán. Pasados unos segundos, en los que la tensión fue palpable, Karl se levantó de su silla y contestó a la pregunta que el soldado había realizado:

—Sí, existen mujeres imposibles de conquistar, y yo he conocido a una de ellas.

Asombrados por la respuesta del capitán, uno de los soldados se atrevió a preguntar:

—Mi capitán, usted lo ha conquistado todo, ningún ejército se le ha resistido. ¿Cómo era esa mujer, para que ni siquiera usted pudiera conquistarla?

Karl, mirando al soldado directamente a los ojos le respondió:

—Era mágica, me sentía atraído por cada uno de los rincones de su cuerpo. Su mirada era capaz de dejarme inmovilizado, era como un rayo de sol constante que te ciega y no te deja ver otra cosa que no sea ella. Tenía los ojos verdes, un verde que amalgamaba esperanza y sufrimiento de una manera tan armoniosa que parecían de otro mundo. Cada pe-

queño lunar de su cuerpo era como un lugar nuevo que descubrir, y os juro que siempre había lunares que jamás había visto y que ni siquiera imaginaba que estarían. Su olor era inconfundible, y a la vez cambiante, según el mes en que la vieras. En agosto, por ejemplo, olía a soledad. En diciembre, olía a castañas recién hechas. En primavera olía a una mezcla entre incienso, rebujito y azahar. Os juro que aunque nunca la conquisté, hubo noches que sentía que era mía. Sin embargo, comprendí que nunca sería mía porque siempre será de todos.

Ante las palabras de su capitán, el soldado preguntó:

—Señor, ¿cuál era el nombre de esa mujer?

—Sevilla— contestó.

PABLO,

EL HOMBRE CON MÁS MALA SUERTE DEL MUNDO

Os voy a contar un sueño que tuve: soñé con el hombre con más mala suerte del mundo. Algunos estaréis pensado que soy exagerado, pero os prometo que todo lo que os voy a contar sobre Pablo es real y nada inventado; de hecho, pienso que me quedo corto. Fijaos si tiene mala suerte que nació un martes 13. Le empezaron a crecer las muelas del juicio y en el juicio lo declararon culpable. Se separaron sus padres y ninguno quería la custodia... Es que tenía tan mala suerte que siempre abría los medicamentos por la parte del prospecto. Incluso cuando quería ser bueno y ayudar en casa le salían mal las cosas: cada vez que intentaba fregar los platos, el agua caía siempre en una cuchara boca arriba y mojaba toda la cocina.

En el amor también tenía mala suerte. Cupido le tiró una flecha y casi lo mata. Empezó una relación con una novia imaginaria y ella lo engañó con su mejor amigo. Se compró un tamagochi para tener compañía y se quedó sin pilas.

Pablo siempre ha tenido y tendrá mala suerte. Aun así, sigue sonriendo, porque la vida al fin y al cabo es eso: sonreír aunque todo se te ponga en contra.

EL MISTERIO DEL HOMBRE CIEGO Y SU PERRO LAZARILLO

Es martes. El sol está en su punto más alto y hay casi cuarenta grados a la sombra. En ese momento, mi madre no tiene mejor idea que la de mandarme al Corte Inglís a que le mire unas cámaras de fotos para la comunión de mi prima.

Me monto en el coche. El calor es agobiante. Siento cómo las gotas de sudor caen por mi frente, cómo las manos me sudan tanto que se me resbala la palanca de cambios. Además, el coche ha estado al sol todo el día, por lo que es una auténtica sauna, y el calor real dentro supera los cincuenta grados. Para colmo, las ventanas no se pueden abrir por un fallo en la electrónica y el aire acondicionado aún sale caliente. Recorro los dos primeros kilómetros en esas condiciones y las cosas no mejoran, ya que el tráfico es tremendamente denso.

Nunca he vivido una situación tan tensa, estoy más agobiado que Doraemon en una aduana, pero por fin consigo aparcar y llegar al Corte Inglís.

Entro en la sección de Hogar y todo está vacío, solo hay una dependienta y ese olor a lavanda tan típico de casa de abuela. Me dirijo hacia la sección de Electrónica y en ese momento se me para el corazón. Veo a un hombre ciego con su perro lazarillo. Parece un labrador, el perro digo, no el hombre; el hombre sí que parece un hombre. Bueno, a lo que vamos, que me lío. Se me para el corazón porque este hombre ciego, en la sección de Electrónica, coge a su perro por el collar y empieza a darle vueltas en el aire sobrevolando todas las estanterías del Corte Inglís mientras el perro llora. En ese momento me acerco al hombre ciego, que

no para de dar vueltas a su perro por encima de nuestras cabezas, y le pregunto:

—Perdone, ¿necesita usted ayuda?

A lo que el hombre ciego responde:

—No, si solo estoy echando un vistazo.